

**La Ismenodora del *Erótico* de Plutarco.
(¿La Cultura Occidental ha “sexualizado” –i. e. “masculinizado”- la Ética?)¹**

Pau Gilabert Barberà²
Universitat de Barcelona

A Àngels Fumadó

Con motivo del X Simposio de la Asociación Internacional de Filósofos (IAPh) (octubre del 2002) y tal como dice la hoja de presentación que ha redactado el comité organizador, nos hemos reunido en Barcelona para debatir sobre “La pasión por la libertad. Acción, pasión y política”, y reflexionar así sobre conceptos como “igualdad” y “justicia” afrontando “los cambios significativos que ha sufrido el mundo en las últimas décadas”. Parece oportuna, por tanto, una clásica *captatio benevolentiae*, si se tiene en cuenta que me dispongo a hablar de un texto, el *Erótico* de Plutarco, escrito entre finales del siglo I y principios del II d. C. Por tanto, ¿por qué esta incursión ahora, recién inaugurado el siglo XXI, por un diálogo filosófico –posterior a Aristóteles y, por consiguiente, con vocación “científica”- que confronta los amores pederástico y conyugal (*paiderastía kai gámos*)? Pues bien, siempre he pensado que gran parte de los rasgos distintivos de la misoginia occidental a lo largo de los siglos y, en consecuencia, también de la que desgraciadamente todavía hoy se detecta día tras día y en diferentes ámbitos tiene raíces muy antiguas y no suficientemente conocidas. Nos guste o no, la misoginia, en Occidente -y me temo que en muchos otros lugares del mundo-, ha sido un hecho cultural, de tal suerte que merece la pena ser conscientes de hasta qué punto se nos ha predispuesto –cultura viene del latín *colo*, es decir, se nos ha “cultivado” – de un modo determinado que nos condiciona y, por tanto, a menudo nos exige una fuerte reacción en contra, una verdadera revolución incluso, puesto que conviene no olvidar que no todo lo que la tradición nos ha legado merece nuestro aplauso –la esclavitud, por ejemplo, fue una tradición secular.

Efectivamente, por más inverosímil que pueda parecer, cuando los griegos empezaron a reflexionar filosóficamente –es decir, a dialogar- sobre el amor y la amistad (*éros kai philía*), los concibieron como los atributos exclusivos del amor que un hombre mayor siente por uno más joven (*paiderastía = paîs + erô*), encargándose el primero de la formación del segundo hasta conducirlo a la virtud (*areté*), mientras que el amor entre hombre y mujer lo entendieron encaminado básicamente a la reproducción³. *El Simposio* y *El Fedro* de Platón, así como *El Simposio* de Jenofonte, son, como es bien sabido, obras básicas para la comprensión del fenómeno y, sobre todo, para conocer todos los matices de una relación que, lejos de lo que a menudo se piensa, estaba sometida a una compleja reglamentación que la vigilaba muy de cerca⁴.

¹ Este artículo fue publicado en inglés en el *Anuari de Filologia. Studia Graeca et Latina*. Vol. XXII. Sección D. Número 10 (2000) 35-50.

² Profesor titular del *Departament de Filologia Grega de la Universitat de Barcelona. Gran Via de les Corts Catalanes 585, 08007 Barcelona*. Telf: 934035996; fax: 934039092; correo electrónico: pgilabert@ub.edu; página web personal: www.paugilabertbarbera.com

³ Sobre la pederastia griega, véase, p. e.: Symonds, J. A. *A Problem in Greek Ethics*. New York: Hashell House, 1971 (1ª edición en Inglaterra 1901); Marrou, H. I. *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité*. Paris: Editions du Seuil, 1948; Flacelière, R. *L'amour en Grèce*. Paris: Hachette, 1971; Dover, K. J. *Greek Homosexuality*. London: Duckworth, 1978; Buffière, F. *Eros adolescent. La pédérastie dans la grèce Antique*. Paris: Les Belles Lettres, 1980; Sergeant, B. *L'homosexualité dans la mythologie grecque*. Paris: Payot, 1984 y Halperin, D. *One Hundred Years of Homosexuality*. New York & London: Routledge, 1990.

⁴ Véase, p. e., los capítulos correspondientes al amor griego de Foucault, M. *Histoire de la sexualité*. Paris: Gallimard, 1976-1984.

En cualquier caso, desde esta visión, la mujer, puesto que busca placer (*hedoné*) y lo da, es más un ser sensual que provoca el deseo e invita al hombre a una sexualidad descarnada que no la compañera y amiga con quien poder compartir nobles intereses y anhelos. En consecuencia, no puede sorprendernos que Plutarco, siglos después de Platón y pese a ser él mismo en tantos aspectos muy platónico, redima a la mujer de esta secular “cosificación” y, no sólo considere auténtico “amor y amistad” lo que las mujeres sienten por sus maridos, sino que incluso juzgue superior el matrimonio a la relación pederástica.

Queda claro, pues, que hablar del *Erótico* de Plutarco es hablar de la justa exigencia de igualdad y justicia, en contra –si hay que expresarse en términos contemporáneos– de cualquier discriminación por razón de sexo, o, más concretamente, significa hablar del derecho de la mujer a amar y a ser amada –de hecho, a que se la considere “digna de”- hasta el punto de convertirse en la verdadera compañera por delante de otras camaraderías tradicionales. Sin embargo, si he de ser completamente honesto, habría que ver igualmente si hablar del *Erótico* de Plutarco guarda algún tipo de relación con el mundo contemporáneo y, en este sentido, espero que el análisis que presentaré a continuación ayude a abrir los ojos, ¿quién sabe si para algunos por primera vez?, al hecho de que Occidente ha “sexualizado” la Ética a lo largo de los siglos hasta hoy mismo y, lo que es peor todavía, la ha “masculinizado”. Si es así, la aplicación estricta de la igualdad y la justicia, temas centrales de esta reunión, pediría su correspondiente feminización, aunque hoy en día, y a mi juicio acertadamente, evitaríamos el hecho mismo de sexualizar la Ética contentándonos, en cambio, con humanizarla. O, dicho de otro modo, si he creído que mi contribución se adecuaba a este simposio, es porque estoy convencido de que gran parte de los prejuicios misóginos todavía detectables en la sociedad contemporánea occidental –y que ofenden a la igualdad y la justicia- y los impedimentos para una relación fluida, amistosa y cooperativa entre hombres y mujeres, tienen unas raíces tan antiguas como nuestra civilización, y que la Filología Griega, con frecuencia tan fríamente académica, puede ser en este caso extremadamente útil e iluminadora.

Sin más prolegómenos, pues, presentemos el argumento del *Erótico*: Uno de los hijos de Plutarco, Autobulo, rememora las conversaciones que sobre Eros mantuvieron su padre y un grupo de amigos y conocidos suyos al pie del Helicón, junto al santuario de las Musas. La causa fue un hecho insólito: una viuda de Tespias, Ismenodora, de treinta años de edad, quería casarse con el joven Bacón, de diecisiete, hijo de una amiga íntima, y no por capricho, sino porque, mientras se esforzaba por conseguir el matrimonio de Bacón con una joven de su condición, se enamoró ella misma del joven, animada además por el hecho de verle rodeado de una multitud de nobles amantes. Los compañeros de Bacón se oponían al matrimonio y se burlaban de él atemorizándole por el hecho de no tener la edad de Ismenodora, mientras que dos hombres ligados afectivamente a Bacón, Piasias y Antemión, aunque el último consentía en lo tocante al matrimonio, deciden que, a fin de no pelearse, se unirán a aquel grupo de amigos de Plutarco antes mencionado para que hagan de árbitros y jueces de sus diferencias, de manera que cada uno encuentra un abogado defensor: Dafneo lo será de Antemión y Protógenes de Piasias. Mientras Plutarco y sus amigos mantienen largas conversaciones sobre Eros, llega la noticia, esta vez inaudita, de que Ismenodora ha raptado a Bacón para casarse inmediatamente y, a lo que parece, sin que el joven se haya resistido. Y, cuando ya Plutarco se dispone a terminar la exposición de sus tesis, llega un mensajero que reclama la presencia de los “conversadores” en el feliz acontecimiento.

A Protógenes, pues, le corresponde la apología de la pederastia, y Plutarco, des de su “filoginismo” y hábil como ningún otro, le hace pronunciar un discurso que repasa todos los rasgos definidores del fenómeno, también los más nobles, dotando, empero, a sus argumentos misóginos de una brutalidad tal que, más allá de matices importantes, la condena ética y el rechazo intelectual del amor pederástico parecen categóricos desde el principio. Escuchémosle:

‘Estas cosas (el amor a las mujeres y el matrimonio), contestó Protógenes, en la medida en que son necesarias para la procreación, los legisladores hacen bien en elogiarlas y aplaudirlas ante la plebe, pero nada relacionado con el gineceo (τῆ γυναικωνίτιδι) participa del verdadero Eros... la necesidad que hombre y mujer sienten de darse mutuamente placer forma parte de lo natural, pero, cuando, debido a su fuerza e ímpetu, el impulso que les mueve a ello deviene excesivo e irrefrenable (πολλὴν καὶ δυσκάρηκτον) no conviene llamarlo Eros. Éste, nada más adueñarse de un alma joven y con talento (εὐφυοῦς καὶ νέας), tiene por fin el logro de la virtud (ἀρετὴν) a través de la amistad (διὰ φιλίας), mientras que el saldo del deseo (ἐπιθυμίαις) sentido hacia la mujer es... el goce de su juventud y de su cuerpo (ἀπόλαυσιν ὥρας καὶ σώματος)... si a esta pasión (πάθος) debemos llamarla también Eros, tengámoslo por afeminado y bastardo (θηλιν καὶ νόθον)... existe un único y auténtico Eros. Se trata... del inspirado por los adolescentes (παιδικός)... lo verás sobrio y entero (λιτὸν... καὶ ἄθροπτον) en las escuelas de filosofía (ἐν σχολαῖς φιλοσόφοις), o quizá en los gimnasios y palestras (γυμνάσια καὶ παλαίστρας)... En cambio, ese otro Eros blando y casero (ύγρὸν... καὶ οἰκουρὸν) que pasa los días en los senos y lechos de las mujeres (ἐν κόλποις... καὶ κλινιδίαις) y que persigue constantemente una vida muelle (τὰ μαλθακὰ) debilitada por placeres ajenos a la virilidad, la amistad y la inspiración (ἡδοναῖς ἀνάνδροις καὶ ἀφίλοις καὶ ἀνευθουσιάστοις), ése merece la pena proscribirlo... La amistad (φιλία) es un sentimiento noble y propio de ciudadanos (καλὸν καὶ ἀστεῖον), mientras que el placer es común a todos e indigno de un hombre libre (κοινὸν καὶ ἀνελεύθερον), por lo cual no le corresponde tampoco amar a los esclavos jóvenes, ya que este éros, como el recibido de parte de las mujeres (ὁ τῶν γυναικῶν) es simple comercio sexual (συνουσία)’ -la traducción es mía siguiendo la edición de R. Flacelière. *Plutarque. Dialogue sur L’Amour*. Paris: *Les Belles Lettres*, 1980. (750C-751B)⁵.

Como decíamos, el planteamiento y los términos usados son tan brutales como las consecuencias que se derivan de ellos. Para Protógenes, el único amor o *éros* verdadero –y conviene no olvidar tampoco que *éros* significa básicamente “deseo”- es el pederástico, un sentimiento noble propio de ciudadanos libres, calificado de caza de jóvenes con talento, con quienes los hombres maduros establecen una relación basada en la amistad y que tiene como objetivo la consecución de la virtud. Pues bien, la aplicación de un mínimo de lógica aristotélica nos revela ya que para Protógenes el amor matrimonial, es decir, el hecho usual de amar a una mujer –e imprescindible, ya que se reconoce que la sociedad debe reproducirse si no quiere desaparecer-, o no es un sentimiento noble propio de un ciudadano libre –lo que equivale a decir que es prácticamente *parà phýsin* (contrario a la naturaleza) y quizá incluso debería ser *parà nómon* (contrario a la ley o costumbre)-, o no lo es tanto como la amistad pederástica. Y, en segundo lugar, parece que, en el amor pederástico, por encima de la natural belleza de los jóvenes, el amante aprecia el talento del amado, puesto que, si lo tiene, podrá llevar a cabo una exitosa labor pedagógica –esto es, se ajusta a *nómos* y a *phýsis*.

No es ahora el momento de analizar las causas del porqué la mujer griega quedó relegada al gineceo y dejó de ser sujeto agente en el análisis de los problemas ciudadanos y en la toma de todo tipo de decisiones políticas, y aun lo es menos –porque es literalmente imposible- explicar el recorrido “exacto”, al final del cual la sociedad griega –y, por extensión, la occidental- apareció dividida en dos bandos, el masculino y el femenino, asumiendo el primero todas las

⁵ Las traducciones del *Erótico* son mías siguiendo la edición de R. Flacelière. *Plutarque. Dialogue sur L’Amour*. Paris: *Les Belles Lettres*, 1980.

funciones para las que es indispensable el uso de la inteligencia o *noûs*⁶, mientras que el segundo –y espero que me perdonéis ahora la simplificación- quedó reducido a la condición de taller de reproducción, mostrando y ofreciendo al mundo, eso sí, su tentadora “carnalidad”.

De hecho, ahora ya sabemos todo lo que Protógenes quiere que sepamos, pero nos dice todavía muchas más cosas: amar a una mujer es algo inauténtico, vulgar, excesivo e hiperbólico, pasión que deviene vehemente e irrefrenable, esclava del deseo, somática y no espiritual, simple unión sexual. Y todavía no es suficiente. En efecto, Protógenes, que ha mostrado interés en recordar que el noble amor pederástico se desarrolla en el marco también noble –por masculino- de los gimnasios⁷, palestras y escuelas de filosofía, razón por la cual es un amor sobrio y entero – literalmente, no se “rompe”-, nunca debería ser comparado con un amor que es afeminado y bastardo, amante de ungüentos, blando y casero, huésped de lechos y pechos de mujeres y, por consiguiente, entregado a una vida muelle –se debe de romper, pues- en busca de placeres ajenos a la virilidad –ergo deben de ser más somáticos que noéticos-, a la amistad –ergo no provocan estimación, sino adicción apasionada y desobediente a la razón- y a la inspiración (*enthousiasmós*, relacionado con *theós*) –ergo no están inspirados por la divinidad. Y es en estas últimas observaciones que, a mi entender, deberíamos centrar nuestra atención. En principio, Protógenes no habla de Ética, pero distingue el amor “noble” del que no lo es, y la “nobleza”, según nos dice, es firme –no se rompe, recordémoslo una vez más- y vive en ámbitos masculinos donde se cultiva la fortaleza del cuerpo: gimnasios y palestras, y de la mente: las escuelas de filosofía. El cuerpo y la mente masculinas son firmes y vigorosos –Protógenes *dicit*-, a diferencia del cuerpo femenino que es blando y muelle como un cojín en el que place apoyarse. Son los

⁶ Merece la pena recordar ahora, p. e., que Pausanias en el *Simposio* de Platón, 181 a-c, justifica que los seguidores de la Afrodita Urania se interesen tan sólo por los adolescentes: ‘Ninguna acción –ha introducido ya la sutil distinción entre la Afrodita Urania y la Afrodita Pandemos- no es por sí misma buena o mala (οὔτε καλή οὔτε αἰσχρά), como por ejemplo lo que nosotros hacemos ahora: beber, cantar o conversar. Ninguna de estas acciones es propiamente buena, pero, al llevarla a cabo (ὡς ἂν παραχθῆ), según como se haga, deviene una cosa u otra: buena, si se hace bien y con corrección, mala, si se hace mal. Lo mismo ocurre con la acción de amar: no cualquier amor es bueno y merece recibir un encomio, sino sólo aquél que nos empuja a amar con nobleza. Pues bien, el *éros* de la Afrodita Pandemos es verdaderamente vulgar y lleva a término lo que le corresponde; éste es el amor que quieren los hombres vulgares. Los de esta clase aman, en primer lugar, a las mujeres no menos que a los niños; en segundo, sus cuerpos más que sus almas; en último, en la medida de lo posible, aman a los más insensatos, procurando tan sólo dar cumplimiento a su propósito y despreocupándose de si lo hacen con nobleza o no. De aquí que hagan lo que se les presenta por azar, tanto si es algo noble como lo contrario. En efecto, este amor proviene de la diosa que es mucho más joven que la otra y en cuya génesis hubo participación de hembra y de varón. La otra, en cambio, proviene de la Afrodita Urania, que en primer lugar no participa de hembra sino sólo de varón y, en segundo, es más vieja y exenta de *hýbris*. Es por eso que los inspirados por este amor se inclinan por lo que es masculino, ya que aman lo que por naturaleza tiene más fuerza y mayor entendimiento (τὸ ἑρρωμονέστερον καὶ νοῦν μᾶλλον ἔχον)... en efecto, no se enamora del adolescente hasta que ya comienza a tener juicio (νοῦν), y esto casi coincide en el tiempo con la aparición de la barba. Pues yo creo que los que comienzan a amar a partir de entonces se muestran preparados para compartir y convivir con él toda la vida, sin engañarle por haberlo conquistado, siendo como era joven (νεόν), cuando era insensato (ἐν ἀφροσύνῃ) y, después de reírse de él, huir para perseguir a otro’ -la traducción es mía siguiendo la edición de J. Burnet, *Platonis Opera*, vol. 2 Oxford: Clarendon Press, 1901, rpr. 1991.

⁷ De hecho, cuando Pisisas recibe la noticia de que Bacón ha sido raptado por Ismenodora, se expresa en los términos siguientes, acentuando la “sacralidad masculina”, por decirlo así, del gimnasio y la Sala del Consejo: ‘¡Oh dioses! ¿Hasta dónde va a llegar este desenfreno que mina la ciudad, si la situación avanza ya hacia la anarquía?... ¿Es que Lemnos sufrió jamás algo parecido? ¡Ea, vayamos nosotros mismos, vayamos, y entreguemos el gimnasio y la sala del Consejo a las mujeres, puesto que esta ciudad ha perdido todo su temple!’ (755B-C).

rasgos de la anatomía masculina, por tanto, los que devienen definidores de la nobleza ética, del mismo modo que los de la femenina, caprichosamente estigmatizados, pasan a ser sinónimo de molicie ética y moral, de afeminación, en suma, como si la misma condición femenina fuese sospechosa de indignidad. Así se comprende que a generaciones y generaciones de hombres y mujeres –y no sólo de hombres- se les haya pedido durante siglos que sean “fuertes”, enérgicos / as”, “valientes”, “atrevidos / as”, incluso “intolerantes e intransigentes” –y ahora, además, competitivos / as y triunfadores / as, etc.- mientras que no se ha considerado oportuno, como mínimo en el caso de los hombres, cultivar la “ternura”, la “sensibilidad”, los “sentimientos”, la “delicadeza”, la “ductilidad” y un largo etcétera de difícil enumeración. En resumidas cuentas y como avanzaba antes: Occidente ha sexualizado la Ética o, todavía peor, la ha masculinizado, de tal suerte que las mujeres, o han de contentarse con permanecer en la “penumbra” moral de su condición o, en busca de un poco de dignidad en el fondo prestada, violentar su naturaleza en favor de una masculinización progresiva –cuando, evidentemente, no es preciso recordar que la Ética, si tiene algún género, debe de ser el neutro, es decir, ni masculina ni femenina.

De todos modos, Dafneo, convencido de que la vehemencia y el desenfreno están en el bando contrario, se apresura a encontrar la réplica adecuada a las palabras de Protógenes:

‘Muy al contrario, el favor de los hombres concedido contra su voluntad, un favor arrebatado por la fuerza y, si es con su consentimiento, muelle y afeminado, permitiendo, en palabras de Platón, que contra lo que es natural (*παρὰ φύσιν*) los “monten”... éste o no es favor o es vergonzoso e incapaz de despertar amor. Por tanto, creo que Solón escribió aquello cuando todavía era joven y, como dice Platón, “rebotante de esperma”, pero esto otro cuando era anciano: *Gratos me son ahora los trabajos del que en Chipre naciera, de Dioniso/ y también de las Musas, pues son ellos quienes hacen felices a los hombres, como si, tras el oleaje y la tempestad del amor pederástico, condujera su vida al puerto en calma del matrimonio y la filosofía*’ (751D-E)⁸.

En este fuego cruzado podría pensarse que el amor conyugal ha quedado definitivamente redimido, aunque sólo fuera por el hecho de que ahora es el amor pederástico el que invade el terreno éticamente sombrío de lo que es contrario a la naturaleza, pero, por otra parte, se confirman temores anteriores, habida cuenta de que, para Dafneo, la indignidad del amor pederástico no reside en el incumplimiento de sus propios deberes éticos, sino en el hecho de ser muelle y afeminado, haciendo defeción, incomprensiblemente, de una integridad masculina que es considerada como un valor indiscutible. Comienza a ser claro, pues, que el acuerdo entre los dos bandos es imposible, porque Piasias contraataca con la radicalidad de su aliado Protógenes:

‘¡Por Hércules, qué habilidad, qué audacia! ¡Que hombres que confiesan unirse con mujeres por su sexo, como los perros, osen llevarse a Eros de los gimnasios y peripatos

⁸ Plutarco reconocerá después, no obstante, que el amor heterosexual, como mínimo en la etapa del enamoramiento, también implica oleaje y tempestad: ‘... son muchos los obstáculos que los jóvenes deben superar cuando se disponen a acoplar sus vidas, y apenas si consiguen renunciar a su terquedad y orgullo con el paso de los años. Al principio, y sobre todo si de por medio está Eros, se agitan en pleno oleaje y, al igual que un huracán llevando a la deriva a una nave sin piloto, termina adueñándose de dos seres ingobernados e ingobernables’ (754C-D). Por otro lado, el hecho de navegar sobre una ola de pasión también se ve en términos positivos cuando señala los aspectos más nobles del amor pederástico: ‘El romano Catón decía que el alma del amante habita en la del amado. (No obstante, yo diría que es la del amado), junto con su personalidad, carácter, vida y actos la que reside en la del amante. Todo ello le impulsa, además, a recorrer en un instante un largo camino o, como dicen los cínicos, llega a la virtud por un atajo, a la vez recto y corto, (habida cuenta de que su alma se ve transportada de inmediato) a la amistad (y a la virtud), como si, con la ayuda de un dios, navegara sobre una ola de pasión’ (759C-D).

para confinarlo, lejos del sol, en burdeles repletos de polveras, ungüentos y filtros de mujeres sin freno! Pues, desde luego, no es de mujeres honestas (ταῖς γε σώφροσιν) ni amar (ἐρᾶν) ni ser amadas (ἐρᾶσθαι) (752B-C).

Imposibilitadas, por tanto, para ser sujetos agentes o pacientes de la experiencia amorosa, se confirma también la eticidad discutible –por no decir nula- de todo marco sombrío como un burdel. Sabemos demasiado bien, empero, que la mujer griega permanece en casa la mayor parte del tiempo, lejos del sol, habitante forzada de una caverna en la que ha sido encarcelada, porque, en vista de su escasa capacidad noética –*Graeci dicunt*-, trabaje con las manos y el cuerpo, y tenga hijos, mientras que el hombre accede con su inteligencia a la mayoría de edad política, a la libertad de acción y movimientos. Todo resulta, pues, tan brutal como antes, pero a mí me interesa subrayar que, si tenemos bien presente lo que acabamos de leer, es mucho más fácil comprender, también desde nuestra contemporaneidad, el porqué de la estúpida y casi general reticencia masculina a asumir cualquier tipo de actividad doméstica, temeroso de convertirse en blando y afeminado, simplemente por el hecho de contaminarse al pisar un terreno que, a lo que parece, tiene género y no precisamente el suyo. O se puede comprender también por qué el hombre, ajeno al gineceo, encuentra el verdadero compañero no en casa, sino fuera, creándose de hecho una homosociabilidad masculina que, cuando a veces y por la lógica misma de los hechos llega a homosexualidad, genera escándalo –y el peor de todos!-, entre aquellos que precisamente la han ayudado a nacer al atentar en este caso, conscientemente o no, contra la igualdad y la justicia debida a *gyné*.

Pues bien, la Ismenodora del *Erótico* fue concebida por Plutarco para atacar justamente este esquema nefasto. Ella se considera digna de amar y de ser amada, asumirá el rol de un amante masculino⁹ o *erastés* que dobla la edad de su amado o *erómenos* y, cuando llegue el momento, raptará a Bacón dando vía libre a su pasión, como si se tratase de un Zeus terrenal que rapta a su Ganímedes particular¹⁰. Se trata, en consecuencia, de un ejercicio intelectual valioso, porque las palabras que el filósofo de Queronea pone en boca de Protógenes demuestran que sabe perfectamente, y nos lo quiere explicar, que, respecto de una mujer tan singular, la postura de la sociedad de su tiempo no sería en modo alguno amable, sino todo lo contrario:

‘¡Por Zeus que lo ama y se consume por él!’, dirá alguien, pero ¿quién le impide llegarse a su casa entre cantos y danzas? ¿Quién le prohíbe llorar ante su puerta, adornar con guiraldas su retrato o enfrentarse a sus rivales? Porque éstos son los actos que Eros inspira. Que abandone, por consiguiente, su orgullo y su altivez y que adopte una actitud propia de su pasión. Si, por el contrario, ni el pudor ni la prudencia se lo permiten, que aguarde sumisa en el hogar la llegada de algún pretendiente. Además, si una mujer va por ahí manifestando públicamente su amor, uno debería evitarla e incluso detestarla, no vaya a ser que, impresionado por semejante falta de autocontrol, termine casándose con ella’ (753B).

⁹ Y Plutarco ve en ello sus ventajas: ‘Por consiguiente, si la nodriza se hace cargo del recién nacido, el maestro del niño, el gimnasiarca del efeto, el amante del amado, y la ley y el estratega del hombre maduro, ¿qué inconveniente puede haber en que una mujer mayor y juiciosa rija la vida de un joven, cuando no es sino provecho lo que obtendrá de su prudencia, y dulzura y amistad de su amor?’ (754D).

¹⁰ Antemión, p. e., la considera una mujer enamorada y llena de coraje: ‘Es Eros el “difícil de combatir”, pero no, como asegura Heráclito, “la cólera”. “Sea cual fuere su deseo, esta mujer lo compra pagando con su propia vida”, sus riquezas y su reputación. ¿Qué hay, por último, más honrado que Ismenodora en esta ciudad? ¿Cuándo un comentario desfavorable o la sospecha de una mala acción ha llegado siquiera a rozar su casa? Al contrario, parece como si un hálito divino más poderoso que la razón humana se hubiera adueñado de esta criatura’ (755D-E).

Si “acción, pasión y política” y la “pasión por la libertad” son el *talking point* de este simposio, pensados, además, como reivindicación constante y necesaria de las mujeres y los hombres de hoy para poder construir un mundo en el que merezca la pena vivir, es obvio que esta osada Ismenodora de ficción gana con “acción, pasión y voluntad política” –es decir, propia de una verdadera ciudadana- una batalla importante en la lucha secular para el logro de la mayoría de edad política. En contra de un absurdo reparto de papeles, ella demuestra, en efecto, que hombres y mujeres dan y reciben amor por un igual por causa de una dignidad compartida, y demuestra igualmente que, en todo caso, es a menudo el hombre quien, como si de un menor de edad se tratara, ha de ser liberado de la prisión que él mismo –y su *noûs* errático- ha construido¹¹.

Plutarco, partiendo como parte de la convicción de que Eros es “testimonio, guardián, guía y cómplice del deseo de esposa y de afecto, garantía final de concordia y verdadera unión” (757D), se dispone, ahora ya, a exponer sus meditaciones en forma de lección magistral. Él sabe mejor que nadie que Protógenes, como tantos otros amantes, se apoya en la justificación platónica de la pederastia y, por tanto, podría parecer lógico y necesario atacar frontalmente las tesis del filósofo ateniense. Pero Plutarco es con frecuencia profundamente platónico y no cree que deba atacar la pederastia platónica, sino, en todo caso, corregirla en virtud de un simple ejercicio de lógica aristotélica, ya muy consolidada. En efecto, él también cree que “Eros jamás se acerca a nuestras almas sino es a través de un cuerpo” (765). El Eros uránico nos ofrece imágenes reflejadas, como en un espejo, de la Belleza ideal. “Son imágenes mortales, mutables y sensibles de lo divino, inmutable e inteligible, pero él se las ingenia para, amparándose en las formas, el color y la figura toda de los adolescentes en flor, brillen y despierten poco a poco nuestra memoria” (765B). Reconoce, por tanto, las virtudes de la anámnese y parece que de momento continúa asociándola con el impacto causado por la belleza de los jóvenes varones. Eros:

‘Se encarga asimismo de abrir caminos a la amabilidad y la benevolencia, y no es mucho el tiempo que se necesita para que el amante, yendo más allá del cuerpo del amado, bucee en su interior hasta dar con lo más recóndito de su ser. Corrido ya el velo que le cubría los ojos, ve al fin y, con una relación mutua basada primordialmente en el diálogo y la cooperación, comprueba si los pensamientos del amado contienen algún vestigio o imagen de la Belleza. Si no es así, lo deja en paz y se vuelve hacia otros... Mas allí donde detecta algún rastro o emanación de lo divino, o algún vago parecido con él, entusiasmado con el placer y la admiración que ello le produce y en actitud de total veneración, goza con el recuerdo y se inflama ante aquel verdadero, bienaventurado y por todos querido y amado hijo de Eros’ (765C-D)¹².

¹¹ De hecho, podríamos decir que Bacón es liberado por Ismenodora, pero Pisisas demuestra que la sociedad no está preparada para valorarlo así: “Por de pronto”, prosiguió Pisisas, “al tiempo que proclamo mi voluntad de no entregar mi amor a mujer alguna, mantengo la necesidad de precaver al joven de la riqueza de Ismenodora, no sea que, rodeándolo de tanto lujo y abundancia, lo condenemos a desaparecer como desaparece el estaño en el cobre. A decir verdad, aunque contrajera matrimonio con una mujer simple y modesta, nos sorprendería que su fusión fuera tan perfecta como la del vino y el agua. Pero es que a esta mujer la vemos decidida a imponer su dominio y autoridad, pues no de otro modo hubiera reparado en un adolescente con clámide y necesitado todavía de pedagogo, mientras desdeñaba otros ilustres, nobles y acaudalados pretendientes. Comprendemos, por tanto, a cuantos con buen juicio dilapidan, como si quisieran cortarles las alas, las enormes fortunas de sus esposas, origen de la altivez y orgullo vanos e inestables en los que con demasiada frecuencia se apoyan para emprender el vuelo. Y aunque no fuera así, mejor es verse astado a “grilletes de oro”, como en Etiopía, que a la fortuna de una esposa” (752E-F).

¹² Son muchos los momentos en que en *El Erótico* se alaban las virtudes del amor pederástico: “Pues bien, ¿conoces uno solo de los amantes pasados o presentes que haya prostituido a su amado, aunque con ello pretendiera alcanzar los honores reservados al mismísimo Zeus? Yo creo que no. ¿Cómo podría, en efecto, ser así, cuando nadie osa oponerse a los tiranos ni discutir su política, mientras que son muchos, en

Plutarco, empero, quiere ser verdaderamente “científico”, de modo que, al explicar de forma analógica el fenómeno de la anámnesis, comienza a otorgar coherentemente a la mujer el papel de despertadora de la conciencia que en estricta justicia le corresponde:

‘La refracción... es algo que le sucede a nuestra vista y que guarda relación con el fenómeno del Arco Iris. Se produce éste cuando, al dirigir nuestra mirada hacia una nube lisa y de escasa humedad y espesor, vemos refractada la luz del sol, hasta el punto de creer que aquel brillo y resplandor parte de la misma nube. Pues bien, Eros utiliza igual ardid e igual astucia con las almas dotadas de talento y amor a la belleza. Siguiendo el ejemplo de la refracción de la luz, insta a nuestra memoria a desviarse desde lo que aquí nos parece y llamamos bello hacia aquella otra Belleza en verdad divina, amable, digna de admiración y bienaventurada. No obstante, la mayoría de los hombres, al perseguir y buscar a tientas el reflejo de esa belleza en jóvenes y mujeres, consiguen tan sólo una mezcla de placer y tristeza... Bien distinta es, en cambio, la actitud del amante dotado de talento y sensatez, pues desde aquí refracta su mirada hacia la Belleza divina e inteligible’ (765F-766).

No puede pasarnos desapercibido, por tanto, que, pese a la impericia de la mayor parte de los hombres en descubrirla, la imagen de la Belleza se refleja en jóvenes y también en “mujeres”, y que así ha de ser igualmente, y con mayor razón aún, en el caso de los amantes dotados de talento y sensatez. Pero Plutarco no puede detenerse aquí, sino que, como buen filósofo, ha de denunciar la falta de lógica que ha presidido siempre la secular discriminación de la mujer por parte de los teóricos de la pederastia:

‘Las causas a las que imputan la generación de Eros no son exclusivas de uno u otro sexo, sino comunes a ambos. Pues, en lo tocante a las imágenes que penetran en el cuerpo de los enamorados y que, al recorrerlo, agitan y ponen en movimiento sus masas hasta hacerlas fluir convertidas en esperma, ¿es que sólo pueden provenir de los niños, pero no de las mujeres? Y, a su vez, estos bellos y sagrados recuerdos que decimos los llevan hacia aquella divina, verdadera y olímpica Belleza y gracias a los cuales el alma adquiere alas, ¿qué impide que procedan de niños y adolescentes, pero también de vírgenes y mujeres, cuando el carácter íntegro y disciplinado de unos y otras se deja ver en la juventud y gracia de sus cuerpos... o cuando en las bellas formas y cuerpos puros descubren, cuantos son capaces de tales percepciones, las claras, certeras e intactas

cambio, quienes les disputan el amor y la amistad de bellos adolescentes? Sin duda habéis oído hablar de Aristogitón de Atenas, Antileón de Metaponto y Melanipo de Agrigento. Ninguno de los tres se sublevó jamás contra sus respectivos tiranos a pesar de observar a diario su nefasta acción de gobierno y su constante embriaguez. Ahora bien, cuando aquellos trataron de seducir a sus amados, se olvidaron de su propia integridad como si defendieran un recinto sagrado e inviolable’ (760B-C). Ahora bien, *El Erótico* inclina la balanza en favor del amor matrimonial, de manera que Plutarco recoge también una buena cantidad de críticas a las relaciones pederásticas: ‘Tú sabes bien que con frecuencia se acusa a los pederastas de inconscientes, que de ellos se dice en son de burla que su amistad se rompe con la misma facilidad que el huevo con un cabello, y que, cual nómadas, pasan la primavera entre brotes y flores, para huir después como si de un territorio enemigo se tratara. Es más, el sofista Bión comparaba la barba de los adolescentes con Harmodio y Aristogitón, pues ésta, al crecer, libera a los amantes de la bella tiranía que los domina... el amor de una mujer honesta no sólo no conoce jamás el otoño, sino que incluso florece entre sus canas y arrugas perdurando hasta el fin de sus días. Pocos son los ejemplos de relación duradera entre un pederasta y su amado, mientras se cuentan por millares los de hombre y mujer manteniendo siempre una firme y resuelta lealtad’ (770B-C).

huellas del alma? En cierta pieza teatral se pregunta a un personaje ávido de placer si *Siente mayor inclinación por las mujeres que por los hombres* y éste responde que, *Allí donde anida la belleza, él es ambidextro*, en perfecta armonía con su natural apasionado. ¿Sería lógico, por tanto, que quien se guía por la nobleza de su carácter y no por el placer, se fijara antes en el sexo que en la bondad y talento de la persona amada?’ (766E-767).

Como sugeríamos, ha sido suficiente un simple pero riguroso ejercicio de lógica aristotélica para que Plutarco, pese a su talante platónico, haya invalidado los brutales argumentos del Protógenes inicial. Eros no es ajeno a la mujer, hecho que la faculta para amar y ser amada. La platónica exhortación a elevar el alma de la palinodia del *Fedro*, a dotarla de alas con que acceder a la región inteligible mediante la práctica constante de la filosofía, no puede incurrir en discriminación alguna por razón de sexo, porque, si el amante apasionado y adicto al placer lo acepta allí donde lo halle con independencia del género de quien lo de, mucho más todavía el amante talentoso y noble aceptará talento y nobleza allí donde se hallen, en busca de un compañerismo real basado en la comunión de intereses y objetivos. Si la gracia y la juventud de los cuerpos evidencia nobleza interior, es la presencia o la ausencia de la misma nobleza, y no el sexo de quien pueda tenerla, la que condiciona todo este proceso de percepción platónica que despierta la anámnesis. Naturalmente, puede haber todavía algún misógino recalcitrante, y ciertamente los hay, que niegue la mayor, es decir, que mujer y nobleza pueda ser jamás una ecuación creíble, pero, si éste es el caso, Plutarco piensa avergonzarlo con un nuevo ejercicio de lógica elemental y una buena cantidad de ejemplos ilustrativos de virtud femenina:

‘En suma, afirmar que la mujer no participa en modo alguno de la virtud es sin duda absurdo. Por otro lado, ¿qué necesidad hay de mencionar su sensatez e inteligencia, y aun su fidelidad y sentido de la justicia, cuando son muchas las que han demostrado valor, coraje y generosidad? Y, por supuesto, afirmar que su naturaleza es noble en todo lo demás, pero acusarlas de estar únicamente incapacitadas para la amistad es del todo extraño. Ellos aman a sus hijos y esposos, su cariño se asemeja a un suelo fértil dispuesto a recibir el germen de la amistad, y el poder de seducción y la gracia son sus adornos. Podríamos decir incluso que, al igual que la poesía, añadiendo a la palabra el encanto de la música, el metro y el ritmo, acrecienta su valor pedagógico y su capacidad de impactar nuestro espíritu, también la naturaleza, dotando a la mujer de un rostro agraciado, una voz melodiosa y un cuerpo seductor, ha hecho que la disoluta tienda al placer y al engaño, y que la casta busque el afecto y la amistad de su esposo’ (769C-D).

Con independencia de la naturaleza, hoy diríamos “machista”, de los últimos comentarios sobre la belleza de las mujeres, Plutarco no ha dejado de insistir en su tesis: vicio y virtud viven tanto en hombres como en mujeres, lo que quiere decir que unos y otras, si en verdad desde su nobleza interior optan por avanzar hacia la virtud por medio del amor y la amistad, descubrirán mutuamente en ellos mismos rasgos indudables de una Belleza-Bien superior. Son siglos de tradición platónica los que deben ser preservados y, a la vez, siglos de tradición misógina los que pedían una sólida refutación, profundamente filosófica, de tantos y tantos despropósitos cometidos contra *gyné*. Y, ya que en todo momento he procurado poner en relación lo que los pederastas mantienen en *El Erótico* de Plutarco y ciertos prejuicios del mundo contemporáneo, aprovecho la ocasión para decir que, por una vez, la balanza se inclina a favor del último. A mi entender, la trayectoria de los movimientos de liberación homosexual contemporáneos ha sido admirable por el hecho de luchar –a menudo recibiendo los ataques y el desprecio de amplios sectores de la sociedad- para que las personas puedan ser y vivir de acuerdo con sus sentimientos e identidad. Pero es evidente que, a fin de defender el derecho de un hombre a amar a otro

hombre, si ésta es su inclinación, ninguno de estos movimientos, excepto casos aislados de misoginia enfermiza, optaría por afirmar la superioridad intelectual y moral masculina contraponiéndola a una consiguiente inferioridad femenina. Es simplemente impensable, razón por la cual todavía resulta más sorprendente que, en ocasiones y desde estos mismos movimientos o por parte de estudiosos del fenómeno homosexual –principalmente masculino- se continúe apelando al ejemplo de los griegos, casi como si fuera el paraíso perdido donde hubo una permisividad –por lo demás, muy y muy matizable-, pero sobre todo ignorando o, lo que sería peor aún, ocultando los rasgos inequívocamente misóginos de la pederastia antigua. Es cierto también que *El Erótico* de Plutarco, fuera del ámbito de la Filología Clásica, es un texto poco conocido, mientras que multitud de traducciones han puesto al alcance del gran público y de los estudiosos desconocedores del Griego Clásico *El Simposio* y *El Fedro* de Platón, *El Simposio* de Jenofonte, etc.; no obstante, un simple análisis objetivo de estos mismos textos, en mi opinión, debería llevar al lector a los lógicos razonamientos de Plutarco.

Y osaría hacer aún otra observación elemental. La homosexualidad es un fenómeno tan antiguo como la humanidad y que ha tenido y tiene carácter universal, porque, por la razón que fuere, siempre ha habido y habrá hombres y mujeres que se sienten atraídos y, en consecuencia, aman a otras personas de su mismo sexo. Algunos preferirán considerarlos / as seres incompletos que han tenido un desarrollo defectuoso, pero yo diría que la lógica más elemental pide verlos como seres “plenos”, como seres maduros, positivamente configurados como homosexuales, aunque representen una opción minoritaria.

Ahora bien, *El Erótico* de Plutarco advirtió en su momento y continúa advirtiendo al lector contemporáneo sobre un hecho innegable: la sociedad occidental –y me temo que también otras-, misógina en tantos aspectos, ha separado peligrosamente a hombres y mujeres hasta el punto de levantar entre ellos un muro que no siempre es fácil de derribar. Hombres y mujeres se han convertido en extraños para ellos mismos, o, aún peor, en enemigos por causa de haber atribuido arbitrariamente a la mujer una inferioridad física y moral que es tan falsa como obtusa la mente de quien la concibió. Han sido muchos los obstáculos que se han interpuesto entre ellos, de tal suerte que no han podido ser verdaderos amigos y compañeros, y tampoco han podido amarse plenamente, entre otras razones porque no siempre es fácil percibir la existencia misma del obstáculo, cuando éste –es decir, todo tipo de prejuicios- ha quedado bien enraizado en el imaginario colectivo masculino. Multitud de hombres y mujeres contemporáneos continúan buscando, y a menudo dolorosamente, los motivos por los que su relación es defectuosa e incluso imposible. Psicólogos, consejeros, confesores, etc. intentan remediarlo, mientras que Plutarco, siempre consciente de que la Filosofía es sólo un instrumento para pilotar nuestra existencia, crea brillantes historias de ficción donde hombres y mujeres superan viejos tabúes¹³. En efecto, Ismenodora, bella y madura ya, se casará con el joven Bacón, porque en nada es inferior a

¹³ Aunque, a veces y visto con ojos contemporáneos, la “revolución” que Plutarco cree necesaria en el seno del matrimonio levanta sospechas de todo tipo: ‘Con todo, así como estos hombres no acertaron a comprender que su propia debilidad y malicia los convirtió en presa de mujeres vulgares, otros, en cambio, sin un augusto linaje a sus espaldas y sin hacienda, no por haberse casado con mujeres ricas e ilustres se dejaron corromper o perdieron la dignidad; antes bien, acabaron sus días gozando del respeto de sus esposas y ejercieron con benevolencia su autoridad’ (754), o: “... la unión con la esposa representa el comienzo de una amistad comparable a la iniciación en los grandes misterios. A pesar de lo fugaz del placer, el respeto y confianza mutuos por él engendrados demuestra que los habitantes de Delfos no yerran al llamar “Armonía” a Afrodita, ni tampoco lo hace Homero cuando designa con el nombre de “amistad” a este tipo de unión. Y demuestra asimismo que Solón legisló con acierto en temas matrimoniales, pues ordenó unirse a la esposa no menos de tres veces al mes, sin duda no por causa del placer, sino porque, así como las ciudades renuevan de vez en cuando sus tratados de amistad, así también quería que el matrimonio hallase en esta demostración de ternura el método eficaz para resarcirse de tantas y tantas riñas’ (769).

ninguno de los nobles pretendientes varones que quieren convertir al joven en su amado. Y, sobre todo, Plutarco crea historias ejemplares en que hombres y mujeres viven una verdadera camaradería, y donde las mujeres, ¿por qué no?, destacan por su amor apasionado, coraje y fidelidad, enfrentándose, como auténticas ciudadanas libres, a una sociedad que de hecho no las reconoce como tales. Querría, pues, terminar mi intervención en este simposio dedicado precisamente a la “pasión por la libertad; acción, pasión y política” recordando una de estas historias ejemplares femeninas, sin olvidar que, como hemos visto, Plutarco sabe conjugar este bello ejercicio de la creación literaria con otro no menos brillante de análisis y crítica filosófica de un fenómeno secular¹⁴:

Civilio, caudillo de una revuelta gala, contaba, como es lógico, con el apoyo de otros muchos aliados. Había entre ellos un tal Sabino, hombre joven y de familia ilustre, cuya fama y riqueza no tenía parangón entre sus compatriotas. Pusieron todos en marcha su arriesgada empresa y, al fracasar ésta, algunos, temiendo represalias, se suicidaron, mientras que otros fueron apresados cuando se daban a la fuga. Los hechos permitieron, con todo, que Sabino, sano y salvo, lograra llegar a tierra bárbara. Sin embargo, había contraído matrimonio con una mujer inigualable, a quien los galos llamaban “Empone”, y que en griego podría traducirse por “heroína”. Él se sentía incapaz de abandonarla, pero, por otra parte, tampoco podía llevársela consigo. Poseía Sabino en el campo unas cuevas subterráneas donde almacenaba sus riquezas y de cuya existencia sólo dos de sus libertos tenían noticia. Concedió, pues, la libertad al resto de los esclavos, les aseguró que iba a envenenarse y, acompañado de sus dos fieles, se adentró en las cuevas. A su esposa le envió uno de los libertos, Marcialio, para que le comunicase que había muerto bajo la acción de un fármaco y que su cadáver, junto con la casa de campo, había sido pasto de las llamas. Quería con ello aprovecharse del genuino dolor de su esposa para que tomara cuerpo la noticia de su muerte. Y así sucedió. Empone dejó sin más que su cuerpo se desplomara sobre el suelo y allí, entre gemidos y lamentos, permaneció tres días y tres noches sin ingerir alimento alguno. Cuando Sabino tuvo conocimiento de estos hechos, temeroso de que acabara con su vida, ordenó a Marcialio que comunicara en secreto a su esposa que se hallaba con vida y oculto, aunque, eso sí, le pedía continuar todavía un poco con sus manifestaciones de dolor así como no omitir nada que pudiera añadir credibilidad al engaño. Ella cumplió a la perfección con su papel trágico, pero, deseosa de

¹⁴ Plutarco cita igualmente el caso de Alcestis (761E-F), Safo (762F), Lais (767F) y sobre todo el de la gálata Camma: ‘Era ésta una mujer de extraordinaria belleza casada con el tetrarca Sínato. Pero he aquí que Sínorix, el más poderoso de los gálatas, se enamoró de ella y llegó incluso a matar a su esposo en vista de que, estando aquél con vida, jamás logró forzarla ni seducirla. Camma halló entonces refugio y consuelo a su aflicción consagrándose a Ártemis, de cuyo cuidado se habían hecho cargo tradicionalmente las mujeres de su familia. La mayor parte del tiempo lo pasaba en el templo de la diosa y no recibía a nadie a pesar de lo solicitada que estaba por reyes y poderosos. Aun así, Sínorix tuvo la osadía de proponerle matrimonio y ésta, no sólo no lo rechazó, sino que ni siquiera llegó a reprocharle su anterior fechoría, como si comprendiera que su único delito había sido amarla y desearla. Así, pues, se presentó éste confiado y la pidió en matrimonio. Camma salió a su encuentro, lo saludo con la mano derecha y, tras llevarlo al pie del altar de la diosa, dejó caer parte del contenido de una copa de hidromiel, al parecer envenenada. A continuación, ella misma bebió aproximadamente la mitad, y dio el resto al gálata. Cuando vio que también él había bebido, profirió un grito de triunfo y, pronunciando el nombre de Sínato, dijo: “Ha sido esperando este día que he soportado vivir sin ti, querido esposo, y he contenido mi dolor. Pero ahora ya puedes alegrarte y llevarme de nuevo contigo, puesto que he castigado en tu nombre al más perverso de los hombres, con quien gustosa he compartido la muerte como gustosa compartí contigo la vida”. Sacaron, pues, a Sínorix del templo en una litera y, al poco rato, murió. De Camma se dice, en cambio, que vivió todavía un día y una noche y que murió con gran entereza y serenidad’ (767B-768D).

verle, lo visitaba de noche y de noche volvía. Así, sin que los demás lo advirtieran, poco faltó para que con su esposo viviera en el Hades más de siete meses. Fue entonces cuando disfrazó adecuadamente a Sabino, le cortó el pelo, le colocó una venda alrededor de la cabeza y, sin que nadie pudiera conocerle, se lo llevó consigo a Roma con la esperanza de conseguir alguna medida de gracia. Su acción, empero, no dio resultado y de nuevo volvió para vivir con él bajo tierra la mayor parte de su vida, si bien iba a la ciudad de vez en cuando para visitar a sus amigas y parientes. Con todo, lo más sorprendente es que, a pesar de bañarse en su compañía, logró ocultar su embarazo. En efecto, el producto con el que las mujeres se untan el pelo y lo vuelven rubio o rojo, contiene una sustancia grasa que hace que la piel ceda y gane elasticidad hasta el punto de causar una especie de hinchazón. Así es que Empone untó profusamente el resto de su cuerpo y de este modo logró ocultar lo abultado de su vientre. Soportó los dolores del parto sin la ayuda de una mujer, oculta en la cueva con su marido como una leona que en la guarida alimenta en secreto sus cachorros. Tuvo dos hijos: uno de ellos cayó muerto en Egipto, pero el otro, de nombre Sabino, estuvo recientemente con nosotros en Delfos. El emperador ordenó ejecutarla, pero expió su crimen quedando extinguida en poco tiempo toda su descendencia. Fue éste el acto más abominable de aquel reinado y ninguna otra visión habría podido despertar mayor horror entre dioses y démones. La entereza y arrogancia de aquella mujer anuló en verdad todo sentimiento de compasión entre quienes contemplaron su muerte e irritó mucho a Vespasiano. Empone no sólo renunció a su salvación, sino que le exhortó incluso a cambiar su vida por la suya, convencida como estaba de que, aun en la oscuridad y bajo tierra, su felicidad había sido mayor que la del emperador en su trono” (770D-771E).